

Y un bello mundo de ilusiones hace
Donde loco soñando se adormece.
Mientras que duerme y delirando yace
La árida realidad se desvanece,
Y mientras sueña su falaz ventura
A su camino el término apresura.

Mas vale delirar lindas quimeras
En ilusión de sueños seductores,
Que roer esperanzas pasajeras
En este valle de ponzoña y flores,
Donde aguardando dichas venideras
Lloramos sobre el pan de los dolores,
Donde al buscar el necesario aliento
Mortal cicuta nos regala el viento.

Porque en sueños los bienes y los males,
Dorados en la loca fantasía,
Al ánima dormida son iguales:
El desdichado canta su agonía,
Y lamenta el feliz bienes mortales;
Mas ninguno en perderlos se holgaría,
Que son dulces los bienes lamentados,
Y los males lo son desesperados.

Si tan bellos son los bienes
Soñados como los males,
Ya, tórtola, no me aflijen
Tus melancólicos ayes.
Que á tí te dieron lamentos
En vez de alegres cantares,
Y tú cantando le cuentas
Tus amarguras al aire.
Las endechas y los himnos
Los mismos consuelos traen,
Que á la par nos adormecen
Las dichas y los pesares.
Tú te arrullas tristemente
Con tan lúgubres compases,
Porque tus duelos son gozos
Con el placer de contarles;
Yo al mundo canto mis cuitas,
Porque cuando otros la saben
El placer de que las sepan
Dichas de mis penas hacen:
Y así cuando entrambos, tórtola,
Con lamentaciones graves
En guisa de querellarnos
Atormentamos los aires,
Pues nuestra queja es contento
Por el placer de quejarse,
Con extravíos tamaños,
Con inconsecuencias tales
No hacemos mas que soñar
Y mentir calamidades,
Tú llorando bien de amores,
Y yo delirando males.

LA TORRE DE FUENSALDAÑA.

I.

Yo he sentido bramar al ronco viento
Del helado diciembre en noche oscura,
Remedando de un hombre el triste acento
De roto murallon en la hendedura.

Ardía en el salon envejecido
Purpúrea llama de sonante leña,
Y el ámbito vibraba estremecido
Al reflejar en la empolvada peña.

De la pompa feudal resto desnudo
Sin tapices, sin armas, sin alfombra,
Hoy no cobija su recinto mudo
Mas que silencio, soledad y sombra.

Tal vez groseros cuentos populares
Bajo el nombre sin crónica conserva,
Y en las bóvedas, torres y pilares
Brotó á pedazos la pajiza yerba.

Los pájaros habitan la techumbre
Y la tapiza la afanosa araña,
Y eso guarda la tosca pesadumbre
Del viejo torreón de Fuensaldaña.

Yo, que era entonces loco, triste y niño,
Pasaba alguna vez bajo sus muros,
Por contemplar el desgarrado alíño
De sus huecos recónditos y oscuros.

Allí en delirios de amistad perdida,
Y en infantiles pláticas sabrosas,
Adormecí las cuitas de mi vida
Y las horas de noches pavorosas.

Allí al calor de la humeante hoguera
De las cóncavas piedras al abrigo,
Oía el viento rebramando fuera,
Y á mi lado, la voz de algún amigo.

Allí sobre nosotros se elevaban,
Robustas torres, góticas almenas,
Que la furia del viento rechazaban
Sobre el cimientto colosal serenas.

A veces nuestra alegre carcajada
Repetida en los aires por el eco,
Moria en sus bramidos sofocada
De la alta torre, en el tendido hueco.

A veces nuestras báquicas canciones,
Como estertor de agonizante pecho,
Acompañaba en compasados sonos
Sordo zumbando en callejón estrecho.

Otras en melancólica armonía
Remedaban lamentos y suspiros,
Y otras en repugnante gritería
El vuelo y voz de brujas y vampiros.

De las rotas almenas, erizadas
Al sacudir la destocada frente,
Remedaba el hervir de las cascadas,
Y el áspero silbar de la serpiente.

O en revuelto y confuso torbellino,
La ruinosa terraza estremeciendo,
De la tendida lona el són marino
Semejaba tal vez el largo estruendo.

Le oíamos á veces á lo lejos
Cruzando el valle con airado paso,

Y soñábamos duendes y conjuros
En una tierra mágica y lejana,
Deleitados en cóncavos oscuros
Con cantares de sílfide liviana.
Poco á poco, deshechas las visiones
Soñábamos con sombras infinitas,
Donde se oían apagados sonos
De invisibles orquestas esquisitas.

Y mas tarde las sombras vacilando
Entre pardo crepúsculo naciente,
Ibanse luz y sombras alejando
De la febril y temerosa mente.

Músicas, miedos, fábulas y sombras
Sus contornos al fin desvanecían,
Y en un salón sin lámparas ni alfombras
Solo estaban dos locos y dormían.

II.

Y era grato al són del viento
Abrir el párpado al día,
Y contemplar soñoliento
Su confuso resplandor,
A través de las abiertas
Hondas y estrechas ventanas,
Y de las hendidas puertas
De los quicios en redor.

Ver la atmósfera tocada
Con turbio cendal de niebla,
Sobre los campos posada
Interceptando el mirar;
Y oír la ráfaga inquieta
Que al vendabal sustituye,
En la acerada veleta
Sordamente rechinar.

Ver las medrosas visiones
Que en la noche nos turbaron,
En bóvedas y rincones
De opaca lumbre al lucir,
En escombros convertidas
Musgo y tintas, con que al tiempo
Las murallas carcomidas
Plugo manchar y vestir.

Ver en las toscas paredes
En vez de ricos tapices,
Tender su baba y sus redes
Al insecto descortés,
Que entre los nombres tranquilos
Las labra de los viajeros,
Cubriéndolos hilo á hilo
Sin envidia ni interés.

Ver á la afanosa araña
En los blasones del muro,
Hilar con paciente maña
Sus hebras para cazar;
Y en la recóndita grieta
La presa que vuela en torno,
Vigilante, astuta y quieta,
A que se enrede esperar.

Y crujían los árboles añejos
Como chascara entre la llama un vaso.
Y en continuo rumor sonando á veces
Le oíamos rozar el firme muro,
Como en hondo tonel hierven las heces
Que una braja animó con un conjuro.

Le oíamos rodar embravecido
Las desiguales piedras azotando,
Y en los huecos colgar ronco mugido,
Y el seco musgo arrebatar pasando.

Le oíamos entrar y revolverse,
Con espantable són en las troneras,
Y estrellarse, y crecer hasta perderse,
Barriendo las tortuosas escaleras.

Las ramas de los árboles vecinos
En las rejas, meciéndose colgadas,
Dibujaban contornos repentinos
De espantosas visiones descarnadas.

Y al brusco y desigual sacudimiento
Desplomados los vidrios de colores,
En el mal alumbrado pavimento
Reverberaban falsos resplandores.

Y asaltando la boca que topaba
Rodando en torno de la mustia hoguera,
Entre la llama pálida soplaban
Blanca ceniza hasta elevar lijera.

Silbando entonces lánguido y sonoro
Al cruzar murmurando en las ventanas,
Nos revelaba en armonioso coro
Música de veletas y campanas.

Y mezclaba el susurro de las hojas,
Que coronaban los silvestres pinos,
Con el gotear, entre las juncias fojas,
De los turbios arroyos campesinos.

De los atentos perros el ladrido,
Y el canto agudo del despierto gallo
Con el inquieto y bélico alarido
Del trémulo relincho del caballo.

Bullían en el ánima exaltada
Locos fantasmas de soñados cuentos,
Y sostenía apenas fatigada
El peso de los ojos soñolientos.

Entonces á la sombra cobijados,
Los pies á par de la espirante lumbre,
Cedian nuestros párpados cansados
Mas que á la voluntad á la costumbre.

Y á cada chispa del tizon postrero,
A cada empuje del turbion errante,
A cada voz del pájaro agorero
Que velaba en el nido vacilante.

Volvíamos el gesto recelosos,
En derredor del descompuesto fuego.
Levantando los ojos perzozos,
Que al roto sueño se tornaban luego.

Y en aquella mirada adormecida
Se pintaba la sombra misteriosa,
De volubles contornos revestida
De cuerpo inmenso, de color medrosa.

Gozábamos al fin insomnio inquieto
Delirando festines y batallas,
Con tumultos sin época ni objeto,
Con broqueles, con yelmos y con mallas.

Y en el oculto madero
Hallar de rincón ruinoso,
El rastro de un hormiguero
Que en el verano pasó:
Que en el foso nació acaso,
Mas no contento en el suelo,
Con irreverente paso
Hasta la almena trepó.

¿Quién dijera á los barones
De la torre de Saldaña,
De sus techos y salones,
La mengua y la soledad?
¡Tiempo! ¡tiempo! ¡Cuánto puedes
Tú que indiferente escribes
Sobre cráneos y paredes
La cifra de la verdad!

Yo he visitado esos muros,
Hoy trojes de rico hidalgo,
Y en sus salones oscuros
Ancha hoguera levanté.
Corrí llaves y cerrojos
Cual si de ellos dueño fuera,
Y sus tablas y despojos
Para alumbrarme quemé.

No respeté ni sus años
Ni su nombre y dueño antiguos
Y para insultos tamaños.
¿Quién era en Saldaña yo?
Un niño, un triste, ó un loco
Que divertido en sus penas
Curaba entonces muy poco,
De cuanto grande vivió.

Y á fé que libre y contento,
A la lumbre de mi hoguera
En tanto bramaba el viento,
Tranquilamente dormí;
Y al despertar con el día
Contemplé absorto y ufano
La gruesa mampostería
Que por alcoba elejí.

Luchaba el sol afanado
Con la turbia húmeda niebla,
Y el fulgor tornasolado
Cruzaba por el salón.
El aire en fuerzas cediendo
Brotó en ráfagas errantes,
Y aun se le oía gimiendo
Con menos airado són.

Miré desde las ventanas
El airado campo seco;
Algunas yerbas livianas
Encontré no mas en él.
El aire las sacudía
Y la niebla las mojaba;
Escaso arbusto crecía
Del campo mudo al lindel.

Algunas nocturnas aves
Guarecidas asomaran
En los rotos arquitecivos
Su misterioso mohín.
Mírelas indiferente,
Y al rumor de mis pisadas
Hundieron la negra frente
Del nido cóncavo al fin.

Entonces de la alta cumbre
El sol rasgando la niebla,
Derramóse en viva lumbre
De trémulo resplandor;
Y en los pardos murallones
Trazó cuadros luminosos,
Alumbrando los salones
De cenagoso color.

Y entonces á los reflejos
De la llama repentina,
De aquellos rincones viejos
En la antigua soledad,
Bulleron miles de insectos
Asomando por las grietas
Monstruosos por lo imperfectos,
Raros por la variedad.

Y oíanse los cantares
Del tosco templo vecino,
En compases regulares
Desvanecerse y crecer;
Y el órgano y las campanas
Al roto soplo del viento,
Ya perdidas, ya cercanas,
En él sus ecos mecer.

Pasó la noche sonora,
Pasó la mañana inquieta,
Mis años hora por hora
A contar triste volví.
Si hallé la vida cansada
Y lamenté su amargura,
Yo vivo con mi tristura,
Mas la torre quedó allí.

Muchos curiosos acaso
Por llegar á Fuensaldaña,
Aceleraron el paso
De aquella noche despues;
Mas ¡ay del hombre mezquino!
¿Quién encontrará mañana
Entre el polvo del camino
La huella de nuestros pies!

LA DUDA (1).

Cuando al escribir en ellas
Contemplo tan lindas hojas,
Entre si lloré ó si cante

[1] Escrita en el album de una señora, en la hoja inmediata á la en que D. M. J. de Larra escribió un bello sentido y romance.

Estoy dudando, señora.
Recuerdos teneis en ellas
Que desgarran la memoria,
Por mas que entre tantas flores
Estas espinas se escondan;
Que cuando un enamorado
En himno de amores llora,
Mas que á cantar sus cantares
Su llanto á llorar provoca;
Y los versos de ese muerto
Tanto en lágrimas rebosan,
Que removidas las mias
A mis pupilas asoman.
Y pues donde tantos cantan
Hay uno que llorar osa,

*Entre si lloré ó si cante
Estoy dudando, señora.*

Si intento escribiros versos,
Dentro la mente se agolpan
Cuantos primores y hechizos
La naturaleza aborta.
Que en este jardín de España
Las inspiraciones sobran,
Pues basta mirar la lumbre
Con que el sol le tornasola;
Los arroyos que le cruzan,
Los jazmines que le bordan,
Y las bellas que le pisan,
Cuántas maravillas brota,
Para entonar tantos himnos,
Tantas letras amorosas,
Que antes que el canto se agote
Gastada el arpa se rompa.
Pero al ver lo que ese triste
Grabó ó lloró en estas hojas,

*Entre si lloré ó si cante
Estoy dudando, señora.*

¡Plugniera que en vez de versos
Mi pluma brotara rosas,
Porque al menos con las flores
Se pueden tejer coronas.
Si nacen flores se agostan,
Y donde los muertos hablan
Callar á los vivos toca.
Que el recuerdo del que muere
Mucho respetar importa,
Que acaso para valernos
Quedó en la tierra su sombra.
Y aunque indecisa mi pluma
Tal vez dudando os enoja,
Y han de hacer mis desvaríos
Que de vergüenza me corra,
Perdonadme si os confieso
Que al contemplar estas hojas,
*Entre si lloré ó si cante
Estoy dudando, señora.*

Que vos mereceis los versos
Nadie en la villa lo ignora,
Y es tan claro por sabido
Que hasta dudaros es lisonja.

Que *él* la memoria merece
Tampoco hay á quien se esconda,
Pues por triste y por amante
Le recordamos ahora.
Y así entre ambos dividida
La imaginación dudosa,
Los versos son para *vos*:
Si le prestais la memoria:
Lo que en *vos* merece el sexo
En *él* merece la sombra,
Y lo que en *vos* la hermosura
En *él* la tumba lo abona.
Justo es con los dos hablando
Duden el *muerto* y la *hermosa*:
*Si es cantar ó si es lamento
Lo que les cantan ó lloran.*

PARA VERDADES EL TIEMPO

Y PARA JUSTICIAS DIOS.

TRADICION.

I.

Juan Ruiz y Pedro Medina,
Dos hidalgos sin blason,
Tan uno del otro son
Cual de una zarza una espina.
Diz que Pedro salvó á Juan
La vida en lance sangriento;
Prendas de tanto momento
Amigos por cierto dan.
Pasan ambos por valientes
Y mañeros en la lid,
Y lo han probado en Madrid
En apuros diferentes.
Ambos pasan por iguales
En valor y en osadía,
Pero en fama de hidalguía
No son lo mismo cabales.
Que es Juan Ruiz hombre iracundo,
Silencioso por demás,
Que no alzó noble jamás
El gesto meditabundo.
Ancha espalda, corto cuello,
Ojo inquieto, torvas cejas,
Ambas mejillas bermejas,
Y claro y rubio el cabello.
Y aunque lleva en la cintura
Largo hierro toledano,
Dale brillando en su mano
Mas villana catadura.
Y aunque arrojado y audaz
En la ocasion, rara vez
Carece su intrepidez
De son de temeridad.
Agil, astuto, ó traidor,
Hijo de ignorada cuna,

Debe acaso á su fortuna
Mucho mas que á su valor.
Presentóse ha pocos años
De Indias advenedizo,
Diz que con nombre postizo
Cubriendo propios amaños.

Mas vertió lujo y dinero
En festines y placeres,
Aunque fué con las mugeres
Mas falso que caballero.

Hoy pasa pobre y oscuro
Una existencia comun,
Y medra ó mengua segun
Los dados le dan seguros.

Hombre de quien saben todos
Que vive de mal vivir,
Mas nadie sabrá decir
Por cuáles, ó de qué modos.

Modelos en amistad
Ambos para el vulgo son,
Mas con Pedro es la opinion
Menos rígida en verdad.

Porque es Pedro, aunque arrogante
Y orgulloso en demasía,
Mozo de mas cortesía
Y mas bizarro talante.

De ojos negros y rasgados
Con qué á quien mira desdeña,
Nariz corta y aguileña,
Con bigotes empinados.

Entre sombrero y valona
Colgando la cabellera,
Y alto el gesto en tal manera,
Que cuando cede perdona.

Mas si sombras de maton
Tales maneras le dan,
Tiénela mas de galan
Por su noble condicion.

Que no hay en Madrid muger
Que un agravio recibiera,
Que á su espada no tuviera
Satisfaccion que deber.

Ni hay ronda ni magistrado
Que en revuelta popular
No le haya visto tomar
Ayuda y parte á su lado.

Tales son Ruiz y Medina,
De quienes por concluir,
Fáltame solo decir
Que amaban á Catalina.

Es ella una moza oscura
De talle y de rostro apuesta,
Mas tan gentil como honesta,
Y como agraciada pura.

Amala Ruiz, pero calla,
Acaso porque su amor
Para muger de su honor
Palabras de amor no halla.

El con ansia la contempla
Al abrigo del embozo,
Pero el ímpetu de mozo
Ante su virtud se templa.

Que es tan dulce su mirar,
Que su luz por no perder
Cuando se quiso atrever
Solo se atrevió á callar.

Y es tan flexible su acento,
Que para no interrumpirle
Tener es fuerza, al oírle,
Con los labios el aliento.

Medina, que fué soldado
Sobre Flandes por Castilla,
Y á los usos de la villa
De mas tiempo acostumbrado,

Suplicóla tan rendido,
Tan cortés la enamoró,
Que ella amó le prometió
Como él fuere su marido.

“Eso sí, ¡por san Millan!”
Dijo Pedro con denuedo;
Y la calle de Toledo
Tomó en resuelto ademan.

II.

Contento Pedro Medina
Con su amorosa ventaja,
Mas á carreras que á pasos
Iba cruzando la plaza.

Saltábale el corazon
A cada paso que daba,
Y frotábase ambas manos
Bajo la anchurosa capa.

Los labios le sonreían,
Y los ojos le brillaban
Al reflejo que en el pecho
Despide la amante llama.

Las gentes le hacian sitio
Porque cerca no pasara,
Que segun iba resuelto
Que fuese audaz recelaban.

Mas él va tan divertida
En sus amores el alma,
Que ni ve donde tropieza,
Ni cura de los que pasan.

Topó al volver una esquina
Una vieja, y al dejarla
Derribada en tierra, dijo:
“Nos casaremos mañana.”

Enredósele el estoque
En el manto de una dama,
Y rasgándole una terciá
Echola un voto de á vara.

Así dando y recibiendo
Encontrones y pisadas,
Dió por fin con la hostería
Donde su amigo jugaba.

Fué á la mesa, y preguntando
A Juan si pierde ó si gana,
Pidió vino y añadióle:
“Cuando acabes, dos palabras.”

Recojió Juan sus monedas,
Y terciándose la capa,
Sentóse al lado de Pedro
Diciendo bajo: “¿Qué pasa?”

“Me caso” dijo Medina.

Miróle Juan á la cara,
Y frunciendo entrambas cejas
Tosió, sin responder nada.

—“¿Qué piensas?” preguntó Pedro.

—“En tí y tu muger pensaba.”

Contestó Juan suspirando,

Con voz ronca y apagada.

—“¿Supondrás que es Catalina?”

—“Y lo siento con el alma.”

—“¿Cómo!—“Porque tengo celos.”

“¡Por san Millan!”—“Yo la amaba.”

“¿Y ella?”—“Nunca se lo dije,

Pero ocurrióseme”—“Acaba!”

—“Para decirla mi amor

“Escribirla hoy una carta.”

Callaron ambos: Medina

Remedio al caso buscaba

El codo sobre la mesa,

Sobre la mano la barba.

Al fin como quien resuelve

Negocio que aflige y cansa,

Pidió papel y tintero

Diciendo á Juan:—“Por mi alma

“Que en mi vida en tal apuro

“Vacilar tanto pensaba;

“Y á no serte tú quien eres,

“Metiéralo á cuchilladas;

“Pero escribe, y que responda

“A cuál de nosotros mata.”

Escribió Juan, mas rasgando

Al mejor tiempo la carta,

“Echemos, dijo, los dados,

“Y al que la mayor le caiga,

“Si es á mí la escribo al punto,

“Si es á tí, Pedro, te casas.”

Tiró Juan y sacó nueve;

Y a-iendo el vaso con rabia

Tiró Pedro y sacó doce,

Conque los dos se levantan.

Y atravesando la turba

Que curiosa los cercaba,

Parten la calle en silencio

Dándose entrambos la espalda,

III.

Son á mi pensar los celos

Delirio, pasion, ó mal,

A cuyo influjo fatal

Lloraran los mismos cielos

A manos de tal pasion

El mas cuerdo desespera,

Pues quien con celos espera

Atropella su razon.

Si con celos esperar

Es importuna porfía,

Ceder celoso en un día

Cuanto se amó, no es amar.

De celos verse morir,

Y en silencio padecer,

Son celos tan de temer

Cuanto duros de sufrir.

Y así con celos amar

Vale casi aborrecer,

Pero con celos ceder

Es igual que delirar.

Si otro mas favorecido

Goza el bien que se perdió,

Se habrá el disfavor sentido,

Mas perdido el amor, no.

Porque en quien goza favor

Sobra tal vez confianza,

Y celos sin esperanza

Suelen guardar mas amor.

Si favor nunca tuvimos

Aun es suerte mas cruel,

Porque vemos ahora en él

Cuanto bien haber pudimos.

Y así pienso que son celos

Delirio, pasion, ó mal,

A cuyo influjo fatal

Lloraran los mismos cielos.

Por eso llora Juan Ruiz,

Celoso y desesperado,

El bien que Pedro ha ganado

Mas galan ó mas feliz.

Por eso en la soledad

Se mesa barba y cabellos,

Sin mirar que no está en ellos

Su amante fatalidad.

“Oh! que no fueron antojos

Sus amorosos desvelos!

Que el amor que hoy le da celos

Entróle ayer por los ojos.

“¿Y por qué no me atreví?”

Clama el triste en su aficcion;

“Y hoy acaso esta pasion

“Pudiera arrancar de mí!

“Mas volveré, ¡vive Dios!

“¿Pero qué he de conseguir

“Si la he dejado elegir

“Marido de entre los dos?”

Y á su despecho tornando,

Semejábase en su afan

Una fiera á quien están

Dentro la jaula acosando.

Sin darse el triste solaz

Cruzaba el cuarto sin tino,

Pero no hallaba camino

De dar al ánima paz.

Silbaba al dejar rabioso

Paso al comprimido aliento,

Y hollaba con pié violento

El pavimento ruinoso.

Iba adelante y atrás

Sin reflexion que le acuda,

A la par pidiendo ayuda

A Cristo y á Satanás.

Túvose un momento al fin;

Y en el temblor que le aqueja

Se ve bien que se aconseja

Con un pensamiento ruin.

Volvió á girar otra vez,

Y otra á tenerse volvió:

En esto dobló un reló
En una torre las diez.
Entonces quedando fijo
Esclamó en la oscuridad:
"Hoy se casan, es verdad,
"Hace un mes que me lo dijo."
Cifó con esto el acero
Con desden á la cintura,
Y salióse á la ventura
La vuelta del matadero.

IV.

Es una noche sin luna,
Y un torcido callejon
Donde hay en un esquinazo
Agonizando un farol.
Un balcon abierto á medias
Por los vidrios de color
Arroja al aire un tumulto
De danza el confuso son.
Se oye el compás fugitivo
Que llevan con pié veloz,
Los que danzan descuidados
Dentro de la habitacion,
Y se ven cruzar sus sombras
Una á una y dos á dos,
En fantástica carrera
Y en monótona ilusion.
La casa es la de Medina,
Que en ella á fiesta juntó
Sus amigos y parientes
Despues de traspuesto el sol.
Allí con franca algazará
Festeja á la que adoró,
De quien aguarda esta noche
Prendas de cumplido amor.
Está la niña galana
Cual nunca el barrio la vió.
Suelto en rizos el cabello
Que exhala fragante olor;
La falda de raso blanco
Y acuchillado el jubon,
Con vueltas de terciopelo
Azul de cielo el color.
Con una hebilla de plata
Ajustado el cinturón,
De donde baja en mil pliegues
Un encaje en derredor;
Y de un lazo de corales,
Que Pedro le regaló,
Lleva en una cruz de oro
La imágen del Redentor.
Tanta ventura en un dia
Nunca Pedro imaginó,
Y así anda desatentado
Girando en la confusion.
A cada vuelta se mira
En los ojos de su amor,
Y en la luz de aquellos soles
Se le quema el corazón.
Y en fin, para concluir,
Se cantó, cenó y bailó,

Como es costumbre en las bodas
Desde entonces hasta hoy;
Hasta que cansados unos
Del baile, otros del calor,
Las viejas del tardo sueño,
Los músicos de su son,
Los muchachos de la bulla,
Y los novios del honor
Que les hacen sus amigos
En tan precisa ocasion;
Despidiéronse uno á uno,
Echando sobre los dos
Mas bendiciones que plagas
Causó á Egipto Faraon.
Quedáronse entrambos solos
La amada y el amador,
Por vez primera en la vida
A merced de su pasion.
Mirábala embelesado
El amoroso español,
Trémulo el rostro de gozo
Y de dicha el corazón.
Mirábale ella anhelante
Encendida de rubor,
Húmedos los negros ojos
Con tiernísima aficion.
El diciéndola—¡alma mía!
Diciéndole ella—¡mi sol!
Entre el son de ardientes besos
De regalado sabor.
En esto en la estrecha calle
Temible ruido sonó
De voces y cuchilladas
En medrosa confusion.
Y al angustiado lamento
De uno que grita:—"¡FAVOR!
"¡Ayudadme, que matan!"
Pedro á la calle bajó
Con el estoque en la diestra
Y en la siniestra el farol.
Asomóse Catalina
Amedrentada al balcon
Llamando á Pedro afanosa
De algun daño por temor.
Alzó Medina la cara
Y la luz con ella alzó,
Pero apenas el reflejo
Dió en el rostro de su amor,
Una estocada traidora
Por el costado le entró.
Lanzó un grito el desdichado
Que partía el corazón,
Lanzó la hermosa un gemido
De intensísimo dolor,
Y el moribundo Medina
Volviendo el gesto á un rincon,
Hácia una imágen de Cristo
De quien devoto vivió,
Dijo espirando:—"Soy muerto
"¡Acorredme Santo Dios!"
Y quedó tendido en tierra
Sin movimiento y sin voz.
Alzóse á su lado un hombre,

Y esclamando con pavor:
"¡Maldita sea mi alma!"
Mató la luz y escapó.

V.

Tuvieron así los años
Uno, dos, tres, hasta siete,
Embozada en el misterio
Aquella impensada muerte.
En vano acudieron pronto
Vecinos á socorrerle,
Para vengarle los hombres,
Para mentir las mugeres.
En vano salieron unos
Casi desnudos á verle,
Y otros salieron jurando
Armados hasta los dientes.
Nada sirvieron entonces
Ni jubones ni broqueles;
Medina quedó sin vida,
Y sin justicia el aleve.
En vano son las pesquisas
De los irritados jueces,
En vano son los testigos,
Las citas y los papeles.
En vano el caso averiguan
Una, dos, tres, quince veces;
Cada vez mas se confunden
Los golillas y corchetes.
En vano sobre la rastra
Anduvieron diligentes
Olfateando la presa
Los alanos de las leyes.
Porque todos son testigos,
Todos declaran contestes,
Todos son los agraviados,
Mas ninguno delincuente.
Hubo alborotos por ello,
Y peticiones mas de veinte,
Mas Pedro quedó sin vida
Y sin justicia el aleve.
Catalina le lloraba
Desconsolada y deliente,
Minutos, horas y dias,
Noches, semanas y meses.
Un año estuvo en el lecho
Con accesos de demente,
Y un año á su cabecera
Veló Juan Ruiz sin moverse.
Dió con la puerta en los ojos
A padrinos y parientes
Diciendo:—"Mientras yo viva,
No faltará quien la vele.
Y en vano le murmuraron
De tal conducta las gentes;
Juan se mantuvo constante
A la cabecera siempre,
Sin que á sondear su alma
Alcanzara algun viviente
A través de la reserva
Y el misterio que mantiene.
Curóse al fin Catalina,

Y el tiempo, que tanto puede,
Siendo remedio y sepulcro
De los males y los bienes,
Volvió la luz á sus ojos,
Y el pudor volvió á su frente;
Y el talisman de la risa
A sus labios transparentes.
Y salió ufana diciendo
A cuantos por verla vienen,
Que la vida con que vive
Solo á Juan Ruiz se la debe.
Este, á pretesto de amigo
Del triste que en polvo duerme,
No se aparta de su lado
Hasta que la noche viene.
Entonces á lentos pasos
La esquina inmediata tuerce,
Y en las revueltas del barrio
Como un fantasma se pierde.
Mas no faltó en él alguno
Que á media voz se atreviese
A decir que cuando pasa
Por ante el Cristo se tiene,
Y el embozo hasta los ojos,
El sombrero hasta las sienas,
Cruza azaroso la calle
Como si alguien le siguiese.
En estas conversaciones
Cada vez menos frecuentes,
Pasaron al fin los años
Uno dos, tres, hasta siete.

VI.

Pagada la Catalina
De amistad tan firme y tierna,
De tanto afán y desvelos,
De tan rendida fineza,
Escuchó á Juan una tarde,
Los ojos fijos en tierra,
Dulces palabras de amores
De la balbuciente lengua.
Instó un dia y otro dia,
Quedó siempre sin respuesta,
Volvió á sus ruegos Juan Ruiz,
Volvió á su silencio ella.
Pasóse un mes y otro mes,
Y tornó Ruiz á su tema,
Y tornó á callar la niña
Entre enojada y risueña.
Mas tanto lidió el galán,
Tanto resistió la bella,
Que al cabo la linda viuda
Dijo á Juan de esta manera:
"Puesto que es muerto Medina,
"¡(Dios en su gloria le tenga!)
"Y por siete años cumplidos
"Mi fé le he guardado entera,
"Y él ha visto nuestro amor
"Allá de la vida eterna,
"Os daré, Juan Ruiz, mi mano
"Y mi corazón con ella.
"Amigo de Pedro fuisteis,